

SIERRA, María, *Holocausto gitano. El genocidio romaní bajo el nazismo*, Arzalia Ediciones, Madrid, 2020, 320 pp.

Tras varios estudios sobre la etnia romaní vinculándolos a cierta nueva corriente de historia social y cultural (énfasis en lo emocional, atención al género y la etnia, interdisciplinariedad; ver el libro de Handley, McWilliam y Noakes), que no toca ahora comentar, la historiadora María Sierra publica *Holocausto gitano*. Con él busca traspasar los estrechos cauces de la academia, convertir «el conocimiento científico en conocimiento público» (p. 23); hacer de la historia, memoria. Y lo hace con valentía y contención, con el encanto del detalle y una sabia prudencia, con un estilo pulcro y elegante, con rigor y sin afectación (ver el útil apartado «El lugar de la historia: investigación y difusión»).

Utiliza dos vías para ello: la gráfica (la fotografía) y la biográfica (memorias de supervivientes). Ambas convergen para hacer de él un libro atractivo (con cuidada edición de Arzalia). Y una tercera: desplazar todo el aparato crítico al final (lo que sirve al especialista). Sobre su oportunidad en los tiempos que corren, baste citar a Philomena Franz (superviviente gitana de Auschwitz) en la «Presentación»: «Volvemos a vivir una época cada vez más crítica y no podemos permitir[nos olvidar]. Tengo miedo», añade (14).

Sierra es optimista respecto a la memoria y el espacio público. Todo —historia, militancia, películas, exposiciones, museística o páginas web— sobre el tema convergerá para un mejor conocimiento (160-171). Puede ser. Ojalá. Uno es más cauto en este sentido. Sierra conoce sin duda el gran libro de Peter Novick: la memoria tiene las patas cortas cuando el poder la adopta para su utilización. O hay quien sacraliza y sublima su experiencia de sufrimiento, como lo hizo el activista judío Elie Wiesel. «Cualquier superviviente [diría más sobre la Shoah] que todos los historiadores juntos», sostenía. Eso le daba el poder del demiurgo o del sacerdote (que lo utilizó ampliamente en EEUU). Entre esto, y el estado de cosas en la historiografía (desjerarquización y secuestro por parte de empresas y poderes varios, descritos por Ramos Pinto y Taithe en *The Impact of History?*), creo preferible para el desarrollo de una cultura cívica que historiadores profesionales como María Sierra sean quienes la iluminen. Que la razón reflexiva cubra como un «manto suave» —no, como «jaula de acero» (Weber)— la memoria de las sociedades.

Sierra divide su trabajo en dos partes. En la primera «sintetiza lo que ya se sabe del genocidio romaní» (17), además de dar una amplia panorámica sobre la condición marginal y denigrada del gitano en la sociedad europea desde el siglo XV. Y en una segunda parte se adentra en la explicación de aquél genocidio a través de memorias de supervivientes.

Tras un largo 1900 dominado por un delirio de biologismo racial (eugenesia e higiene social en Occidente), los nazis en el poder en Alemania (1933) lo adoptaron para su programa de aniquilación y pureza racial. También los romaníes fue-

ron víctimas de aquel paroxismo. Comenzó con las Leyes discriminatorias para pasar a ser confinados (en Marzahn en Berlín a raíz de JJOO de 1936 y en campos urbanos de internamiento), hasta vivir las fases de complejo concentracionario nazi y la *solución final*.

Se calculan 500.000 asesinados gitanos, algo muy difícil de precisar —como los convencionales 6 millones de judíos—. Pero siguió la penuria, subraya Sierra. Vuelven los viejos prejuicios *antigitanos*, humillación, descrédito a la hora de reconocerlos como víctimas de los nazis.

La parte segunda la construye sobre seis memorias (tres mujeres y tres hombres) en las que atiende a las emociones expresadas en ellas —con interesantes incursiones en sus narrativas, en las experiencias vividas, en los discursos, etc.—. Es «el corazón documental del estudio» (187), la parte en que asoma el nervio y saber hacer de la historiadora. Sierra advierte sobre la complejidad del material tratado, sus peligros como fuente, sus problemas de interpretación y transmisión. Se adscribe explícitamente aquí al enfoque en boga de la «historia de las emociones» (18-19, mención especial a William Reddy, 279). Aunque es cuento viejo en historiografía (ver al propio Reddy; o Ignacio Peiró en «Transiciones y retornos»), más aún, en filosofía, psicología y neurociencia, en nuestro estado ontológicamente crítico, cada vez nos detenemos más en los sentimientos y emociones de los actores históricos para comprender su comportamiento. Algunas de las herramientas de este *giro afectivo* serán de uso duradero, otras menos. Estamos —junto al llamado *giro natural* o material, apropiado para los *campos* en que zapatos, heridas, barro, diferencia, clima, ... juegan un gran papel; puede verse el número especial 119-5 de 2014 de *The American Historical Review*, o el artículo de Pearson «Beyond “resistance”: ...», *European Review of History* de 2015— en una etapa formativa. Sierra no «curva» hacia ciertas filosofías *sui generis* de la historia (como las de Reddy); su apego a la historia evita que distraiga el argumento de la comprensión histórica.

María Sierra habla de emociones propias del humano (dolor, odio, percepción del tiempo, abatimiento, indiferencia) a la par que construcciones culturales contingentes (vergüenza de la hombría, de la desnudez, de la cobardía). Habla de incomunicación, aislamiento o impotencia; de la función terapéutica, testimonial y esperanzadora del escribir; del temor y pavor verdadero; de la pérdida de la noción de tiempo; de la «anestesia emocional»; de la parentela, de la vergüenza y los tabúes gitanos; de la humillación y la deshumanización; del poder extremo sobre la vida y la muerte de un simple *kapo*, etc. Todo ello conformaría la «arquitectura emocional» (262) del dolor romaní durante la experiencia nazi —de la que, en muchas ocasiones, añadido, dependió la vida o la muerte de las víctimas: su terquedad y resistencia o el abandono y rendición, ese factor de *agencia* de las emociones—.

Fueron años sombríos y amargos en Europa más allá la minoría romaní o los judíos. Sierra, naturalmente, lo sabe. Pero no acaba de reflejarlo en el libro —es

constante la comparación romaní-judío—. Faltan referencias contextuales, que clásicos sobre la época, anteriores (George Mosse o Hans Mommsen) o más recientes (Mark Mazower, Claudia Koonz, Thad Allen o Götz Aly) hubieran aportado. Había un estado general de horror contra judíos y gitanos; y contra esclavos, prisioneros, *Lebensunwertes Leben* (vidas-invivibles). También contra franceses, húngaros o sus aliados italianos que vivieron en régimen de *apartheid* en Alemania. Todo ello, producto de su *racismo biológico abyecto y criminal* («Las ratas los insectos y las pulgas —en revista médica nazi— son fenómenos naturales, al igual que los judíos y los gitanos. Por lo tanto, de forma gradual, tenemos que erradicar biológicamente a todas estas alimañas», 1938). Y del delirio de toda una población que secundó aquel programa de «higiene racial» —más bien por el bienestar y la *utopía alemana* prometida por los nazis (Götz Aly)—. Origen real, probablemente, del holocausto romaní (racismo y utilitarismo cínico; peculiar con el gitano), antes que una simple «amplificación del antigitanismo tradicional» (74 y 22).

La profesora Sierra cierra un estupendo producto en el que cubre con mucha solvencia (saber hacer y prudencia) su propósito de «convertir el conocimiento científico en conocimiento público», de hacerlo memoria cívica compartida (tiempos peligrosos). Es, además, un excelente producto historiográfico.

Javier Ugarte